

UNA NUEVA TRA(D)ICION POETICA



VEINTICINCO AÑOS DE POESIA CHILENA (1970-1995)

Teresa Calderón, Lila Calderón
y Tomás Harris

Fondo de Cultura Económica,
Santiago, 1996
467 págs.

Ya se sabe, toda antología posee el don del desacuerdo. No son todos los que están, ni los que están necesariamente son lo que dicen ser. Amén de dos ritos, canónicos a esta altura del partido: los antologadores antologados y los poemas pierdeteñuna, que pasan de una antología a otra, como jugadores a préstamo entre clubes rivales. Y lo que resulta más insufrible, son los mismísimos poetas — juez & parte incorporados— quienes se dan a la titánica tarea de Sísifos sin sueldo al pretender separar aguas saladas de dulces en las costas siempre revueltas de la palabra poética.

¿Cuál ha sido el criterio esta vez? Autores nacidos entre 1937 y 1962. Eso sí, bajo el impecable y, por cierto, siempre dudoso gusto de los compiladores. Puestos en tal trance, mi disgusto y mi impropia selección ideal se duelen por la ausencia, notorísima, de Omar Lara, Raúl Barrientos, Titho Valenzuela y Miguel Vicuña, para recomponer el territorio cruzado por las cicatrices del exilio y la diáspora en los autores del '60. Otro tanto sucede con la aún convulsa escena de los '80, donde Hernán Rivera, Virgilio Rodríguez, Tristán Altigracia, Adolfo de Nordenflycht, Carmen Berenguer, Sergio Medina, Marina Arrate, Bruno Vidal, Antonio Gil, Gonzalo Santelices, Roberto Bolaños, Mauricio Electorat, Gonzalo Muñoz, Roberto Merino y Alexis Figueroa, debieran figurar entre los poetas con obra y trayectoria de sobra que no fueron invitados al banquete. Desde mi posición parcial e interesada de entusiasta lector de poesía pregunto: ¿no existen aquellos escasos profesores con altura de miras, esos académicos de tiempo completo y seguimiento de lecturas más o menos recientes? ¿O es que ya no queda quién, fuera de los poetas (des)interesados, para hacerse cargo de tan cambiante corpus textual? Esto me parece grave deficiencia del circuito de recepción crítica a que nos tiene acostumbrados la universidad. ¿Por qué siempre, al momento de antologar, van a primar las diferencias extraliterarias, la simple falta de rigor o el claro desinterés por abarcar más

Oh Antologías/ Flores de un día...! ¿Necesitamos una nueva antología de poesía? La para nada breve y acaso demasiado impresa historia de la poesía chilena post-dictadura comienza a perder la memoria. Si tenemos que hacerle caso a la historia reciente, recordaremos que las antologías han resultado casi siempre una antojadiza y parcial mirada sobre la literatura del minuto. Enemistades, envidias, conciliábulos, lealtades mal entendidas y un sinfín de sentimientos encontrados fluyen inagotables del cajón de sastre de nuestra atormentada memoria y detonan, al unísono, en la desprevenida cara del escaso lector de poesía.

Al azar, hojeamos algunas antologías clásicas: *Selva Lírica* del siglo pasado, que los antologó a todos sin discriminación. *La nueva poesía chilena* de Teitelboim y Anguita separa aguas para la modernidad poética, pero se acriminan con la Mistral antes de los treinta. Por último, he aquí nuestro prejuicio, la selecta foto de llegada de la generación del '60 que Alfonso Calderón estampa para la posteridad en su antología, aún flama sobre las siguientes tra(d)iciones poéticas, más parecidas a esas farmacias "de urgencia" que a complejos laboratorios del idioma.

allá de las propias narices? En esto, creo, tenemos tanta culpa los unos —lectores— como los otros —autores— pues, para que exista esta tra(d)ición inveterada necesariamente debió existir primero un pacto de caballeros (sic).

En este país que no alcanzó para república bananera, pero donde hemos usufructuado de los ingenios poéticos por tanto tiempo, derrochando los talentos como en una parábola esquizoide, se fundó cierta mentalidad generalizada sobre la *poesis patria* como materia prima de consumo minoritario. Los tiempos cambian, alegan a su favor los vates favoritos del sistema; los cambios son necesarios, murmuran los ahora flamantes antologados de turno. Desde esa tribuna antológica —material ligero altamente reciclado— todos ellos contemplan un espejeante horizonte de oportunidades y ofertas que les subyugan con sus cantos reiterados como sirenas del mercado, llámense becas, concursos, puestos a nivel gubernamental o cualquier otra bagatela para la debacle que nunca llegó. Sin extremismos, ni rasgaduras de vestidos, que la sangre no llegó al río, apenas si estamos hablando de poesía, este ejercicio "de nada para nadie, tan fatigoso como el álgebra" como nos advierte Enrique Lihn.

A la antología de marras seguirán otras, peores o exquisitas, ya nada nos sorprende. La próxima vez serán los sin fama, los que botó la ola, los que se llevó el viento. No importa gran cosa. Cualquier excusa es buena para brindar una nueva horneada de poetas, gritan borrachos de tinta los imprenteros. Eso sí, cambien el folio, por favor. La década, el siglo y el milenio están por expirar. A la vuelta de la esquina, casi. ¿Imaginarán nuestros nietos la gran importancia nula de tanto comentario? Si es que existe una poesía del 2000, también tendrá su castigo: una antología. Seamos justos, las voces peculiares y fortísimas de todos aquellos arrojados a las pistas literarias, debieran recordarnos que somos una posta de relevos y no la despiadada maratón de sólo-un-ganador, a la que nos quiere someter la odiosa ley del estrellato del más fuerte.

Marcelo Novoa